



JUNIO DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUBTA.

VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

(CONTINUA)

III

PASEOS EN BOTE.

Es necesario tener una imaginación muy mezquina, para no figurarse el mar tal como es. Puede perfectamente compararse a una de esas personas á quienes saludamos sin saber su nombre, seguros de haberlas visto en otra parte. El mar es un antiguo conocido. Le hemos visto en los lienzos de la Academia, en las decoraciones del teatro, en los grabados de los periódicos europeos, en todas partes. Es una inmensidad de vasos de agua.

Lo único que sorprende es su color. Los que no lo conocen piensan que es azul como lo que llamamos cielo. Y, en efecto, la franja que recorta el horizonte es de un azul muy tenue y apacible: diríase que es un cielo desteñado. Pero el agua más

próxima á nosotros, la que impele el bote en que vamos, ó se quiebra á nuestros pies, no tiene la transparencia ni el color que le atribuimos. Es aceitosa y de un verde obscuro como el vidrio malo. En esas ondas no puede haber más sirenas que las voraces tintoreras. Hablando con exacta propiedad, el mar no tiene color propio. Cambia y muda como el corazón de una coqueta. Según la hora, varía su aspecto. Ya se azulea, se tornasola ó se ennegrece; ya se ruboriza como la mejilla recién besada de una virgen; ya corre en anchas cintas plateadas ó se dora como si el sol tendiera sobre el agua las rubias hebras de su cabellera. Por de contado, el mar no es uno en todas partes. El Atlántico no es igual al Pacífico, ni el Pacífico al Mediterráneo. En alta mar el agua se ve distinta que en el Golfo. Las ondas de éste

son muy turbias y espesas, exceptuando los sitios en que la corriente equinoccial introduce las aguas limpidas del mar Caribe. Además, contemplando desde el muelle, el mar se ve canalla y traficante. Hay que mirarlo á solas, frente á frente, sin barcas noruegas que lo afeen, ni mozos de cordel cuyas imprecaciones destempladas atajen el sereno vuelo del espíritu. Ya no es entonces el esclavo nubio que trae y lleva mercancías, sino el titán cuyos gigantes brazos rodean el cuerpo de la tierra. Allí está Dios.

*
* *

Casi todos, no experimentan al mirar el Golfo la sensación intensa que aguardaban. Parece, al pronto, que se está frente á una decoración del teatro. Pero internados en ligero bote por la móvil llanura; que se pierda de vista el pobre muelle con sus linternas verdes ó encarnadas; que escuchéis el arrullo de las olas en la solemne inmensidad, y entonces sentiréis, asombrados y suspensos, un repentino crecimiento de alma.

Sin cepillar mis ropas de camino, en horas avanzadas de la noche, salté á la barca de un humilde marinero. Iba á salir la luna, pero reinaba aún la obscuridad. En lontananza se veían fijas y tristes, las lucillas de unos cuantos buques. ¡Qué negro y que tranquilo estaba el mar! Era algo como el cuerpo de la sombra, tendido boca abajo sobre el suelo. «¡Aguarda! — me decían los compañeros, — descansenos, y luego que amanezca iremos á espaciarnos en el mar.» Pero la onda tranquila me llamaba, como llama la novia al tardo amante que vacila en subir por la escala de seda. Ansia infinita de hender el agua y poseerla con los ojos, espoleaba mi espíritu. Sin detenerme, bajé la escalinata y entré al bote. Poco á poco la tierra, con sus casas y sus

ventanas débilmente iluminadas, se fué esfumando en lontananza. Pasamos junto á los grandes barcos, cuyos cuerpos enormes adquieren á tal hora un aspecto fantástico y extraño. Diríase que un ejército de endriagos y de monstruos fabulosos espiaba el momento favorable para lanzarse sobre la ciudad. Breve rato después, sólo veíamos á lo lejos el faro giratorio de Ulúa, con sus luces de múltiples cambiantes.

Los remeros bogaban poco á poco, por temor á las boyas y los bajos. La mar estaba quieta. ¡Con qué ahinco me hubiera hundido en sus serenas ondas para sentir más cerca sus abrazos! El hombre, descontento de su suerte, quisiera ser águila en la cumbre de los montes y ágil pez en los mares. Los dos abismos le atraen con invencible fuerza: son como dos amigos que le llaman. Arriba están la luz y el armonioso coro de los astros: abajo, la fantasía finge y desea mucha frescura, mucho silencio y mucha sombra.

¡Sueño vano! La mar es un incesante laboratorio en que la vida se prepara y se renueva. El gran trabajo no se pára nunca, y el combate terrible por la vida se empeña hasta en los abismos del océano. Monstruos deformes habitan los palacios submarinos, que las amables fábulas de Grecia poblaban de sirenas y de dioses. El voraz tiburón sale á flor de agua, husmeando la carne fresca del atrevido nadador. Y pocas playas son tan funestas y peligrosas como las playas de Veracruz. El tiburón acecha, siempre alerta, y devora al incauto que menosprecia su poder. Es el huracán rondador, nunca saciado; el tigre de las aguas frías y verdes.

*
* *

Interin deslizábase la barca, la luna, como un disco de plata bruñido, se fué alzando de las aguas.

La luna como hostia santa,
Lentamente se levanta
De entre las ondas del mar.

sin límite visible, cierra el cuadro con una línea incomparable.

Bajo la luz serena de la luna
Como el oro en fusión, el mar riela,
Resplandor que la luz del claro día
Con la molicie de la noche mezcla,
La vasta playa misterioso alumbrada
Y en el azul del cielo sin estrellas
Vagan las blancas nubes como estatuas
De diosas colosales y siniestras,
Talladas por la mano del acaso
En las entrañas de brillante piedra.

*
* *

Yo he visto el mar cuando la luna brota y cuando el sol, como un guerrero fatigado, va en busca de frescura y de silencio. Pero la puesta del sol no debe contemplarse en Veracruz. Allí, hasta el sol es calavera y va á pasar la noche en la ciudad. Describiendo una curva soberana, cae tras los edificios apiñados, como un globo enorme de goma roja, cuyo gas se va escapando lentamente.

A esa hora el agua adquiere tintes muy apacibles y risueños. Se diría que debajo de las ondas hay una inmensa gestación de rosas. Pero á esa hora también tiene el océano un rival poderoso, que es el cielo. Los que habéis visto nada más el firmamento urbano de las calles, no podéis figuraros cómo impone y asombra en plena mar. Las casas y los árboles le estorban: como las mujeres hermosas, necesita un espejo en que mirarse cuando se adorna con luceros y con nubes. Está en su tocador. Aquellos nimbus son los encajes blancos que han de bajar hasta la enorme cauda desde el anillo escultural de la cintura. Esas nubes forman la enagua de seda color de rosa: ese pedazo azul es su corpiño de terciopelo. Una mano invisible entrea-bre los cofres de ébano incrustados de marfil, y aparecen, sobre cojines de raso pálido,

Nada más grandioso que este espectáculo. Yo creo que contemplándolo en las risueñas playas del Mediterráneo, fingió la fantasía helénica la fábula de Venus Afrodita surgiendo majestuosamente de la espuma. La concha negra de la noche se entrea-bre, y aparece la reina del espacio castamente desnuda, como Diana. El ritmo de las olas es más suave; una inmensa quietud penetra hasta los húmedos abismos; corren los monstruos á ocultarse de la luz, y la brisa que sopla es como el aliento de una mujer invisible pasando sobre el cuerpo del amante dormido. Las olas dejan de ser negras; se quitan su vestido de luto, y ciñen la coraza de plata que ceñían las amazonas. Y parece que corren ó galopan para acercarse á la luna y asir la fimbria de su túnica brillante. Pero la luna, esquiva, va ascendiendo. Parece que el cielo es un océano que confina con el otro: surge de éste la luna, y luego boga por la tersa superficie del más alto. Ya no es plateada, sino de oro. Las aguas se contentan con retratarla, y ella, pródiga de luz, enriquece las olas con sus rayos. El mar parece un gigantesco estanque en el que bullen todos los metales en fusión. Se cree que el agua está á la temperatura de la plata fundida, y la mano no se atreve á tocarla. Pero no; el mar es en aquellos instantes un hervidero congelado.

¡Qué rumor tan solemne el de las ondas! Aun cuando esté dormido y sosegado, el mar revela su fuerza: es Hércules hilando con el huzo á las plantas de Onfalía. Los navíos se dibujan en el lienzo opalino del fondo, sobre el tinte metálico del mar; la luz aísla los cordajes y los mástiles, como una áurea tijera recortando papel negro; y á lo lejos la superficie, azul

los collares de estrellas que van á titilar en torno de su cuello. Ya el sol se oculta, envuelto en su lujosa clámide escarlata. Es el sultán que se despide del harém. Libre y soberbia la noche, se prepara á los festines.

El mar es el espejo que le sirve para ataviarse: espejo negro, porque también retrata sus pupilas.

En la mañana y en las primeras horas de la tarde, ni el mar ni el cielo tienen ese carácter majestuoso. En cambio, su extensión parece más ilimitada todavía. Sobre el azul del cielo se perfilan los navíos, como dibujados con tinta de China. Las oleadas, al romperse en los bajos, forman un blanco giste, y vistas á distancia, borreguean, brincando como un rebaño juguetero.

Tranquila está la mar: un pececillo
Agítase en las ondas:
Calienta el sol su cabecita de oro
Y alegre el agua bate con su cola.
Entretanto, anhelante la gaviota
Rápida sobre el pez cae desde el viento.
Y en el pico la presa palpitante,
Alegre se remonta hasta los cielos.

Nada más donairoso ni gallardo que la velas latinas. Observad con qué altivez cruzan continuamente la bahía. Son aves que no tienen más que una ala, y carecen de cuerpo. Las grandes embarcaciones modernas tienen la hermosura de las reinas; las velas latinas poseen la gracia de los efebos.

*
**

¡Cuán absorto y ensimismado pasaría las horas en la muda contemplación del océano! El mar enseña y alecciona, dilata los horizontes del espíritu y da alas poderosas á la inspiración. Los poetas menores cantan la tierra con sus bosques y montañas; los grandes poetas son los enamo-

rados de la mar. Sin ella, Víctor Hugo habría sido incompleto. Viendo cómo azotaba los peñascos, escribió los «Castigos.» Cada estrofa de ese pequeño libro, es una ola. El conjunto es como una tempestad.

En sus primeras obras, Víctor Hugo travesea como un duende juguetero, ora en los camarines orientales, ora en los jardines de Versalles ó en las cornisas de las catedrales góticas. Vuela como las golondrinas y canta como los ruiseñores. Es el paje tocando la guzla morisca, en las rodillas de una reina enamorada. Pero que el viento de la adversidad le arroje á las abruptas rocas de la playa; entonces volará como las águilas y cantará como los huracanes. Sólo sobre un peñasco formidable, batido constantemente por las olas, pudo escribirse la «Leyenda de los Siglos.» Leed los «Trabajadores de la Mar,» es á manera de esas cuevas muy profundas en donde interna el océano tumultuoso sus recias oleadas de agua verde. Desde entonces el genio del poeta tendrá sus tempestades y sus calmas, sus «Castigos» y sus «Contemplaciones.» Pero de la obra toda oiréis brotar el murmullo grandioso de los mares. Ya no es el lago quieto en que nadan los cisnes de alas blancas. Las guirnaldas de flores que entreteje están hechas con flores submarinas. Los bancos en que descansa son bancos de perlas; y los bosques por donde pasea son bosques de coral. Su poesía traga y devora como los abismos. Las flechas de su aljaba juvenil se truecan en tridentes y en arpones. ¡Imposible engañarse un solo instante! Ese poeta vuelve de la mar, como Dante volvía de los infiernos.

¡Ah! No es posible concebir cuadro más vasto, ni espectáculo alguno más grandioso. Mil veces, con sed inapagable de infinito, trepé á la cumbre arisca de los montes;

Mas nada, ¡oh sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno!

He sentido cómo encorvas tu gigantesco dorso bajo la quilla de mi bote, tal como potro dócil y sumiso que se inclina para que lo monte su señor. Te he visto palpar como el pecho de una virgen cuando aguarda en la alcoba al joven desposado. Y ansia infinita de mirarte embriagado acongoja mi alma. Quiero sentir cómo te revuelves en tu lecho, y verte en los instantes de tu cólera. Dido llorando en una peña es melancólica; Medea, iracunda, es tan hermosa como tú. Deja, pues, tu pesada somnolencia. Te azoto con mi remo, como clava el jinete sus espuelas en el vientre de su caballo corredor. Levántate furioso á contestarme, para que sienta en los desnudos brazos y en la cara, los verdes espumarajos de tu rabia. Embraza, al fin, tu escudo coruscante, y vibra con tus manos de Titán la clava de los Hércules marinos. Estamos solos. Una mujer que no te conocía viene á mi lado trémula de espanto. Te ve dormido y tiembla pusilánime. Va á reirse de ti cuando volvamos. Alzate, pues, y muestra tu fiereza: alza, para que pueda defenderla. ¡Alza, Goliath borracho: estamos solos!

Pero el mar es la mar en ese instante. Hay algo femenino en su dulzura. Sabe que bastaría una simple ola para arrojarlos al abismo negro, y desprecia riendo mis insultos. Amad —nos dice,— esta es la hora sagrada en que los ángeles se cubren «los ojos con las manos.» Barca ninguna cruza la bahía. Las estrellas se están burlando de vosotros. ¿No veis cómo la playa se ha perdido? Pues amad recostados en mi espalda, hasta que llegue el alba delatora. La noche se abre como un negro tunel, propicio al impaciente enamorado. Esa franja de plata que ciñe el Oriente, como si fuera una diadema, indica que la luna va á salir. Amad, yo soy el ogro que devora. Mis olas arrullarán vuestro sueño. Os llevo en brazos, como la

nodriza que calienta á dos niños en su seno.

Y la luna brotó, ya no robusta y majestuosa como la vimos la primera noche, sino en forma de un arco pequeñito. —Boga— dijimos, y el ligero bote se deslizó sobre las ondas argentadas, ceñido por el encaje de la espuma. Súbita calma apaciguó mis sentimientos. Como Heine, quise arrojar al seno de las aguas los espectros que me persiguen y atormentan, aligerar mi espíritu del lastre de dolores con que va navegando por la tierra.

Queda bajo las aguas,
Queda por siempre allí sueño implacable
Que mi sueño trasnoche
Con tus fingidas dichas flagelaste.

Queda en el fondo obscuro de la mar, tú, sombra que vienes á sentarte pensativa, junto á la cabecera de mi lecho. Baja al abismo, amigo desleal que arteramente me enterraste la daga por la espalda. Hunde en esas ondas misteriosas, pobre niña que lloras por mi causa y aun esperas de codos en el puente al novio que jamás ha de volver, porque no es digno de que tú le ames. ¡Una bala de hierro! ¡Duras cuerdas para amarrar este cadáver insepulto y arrojarlo al océano! Es el de una mujer joven y hermosa. ¡Pronto! Que baje rauda al negro abismo. Todavía flota su cabello. ¡Pronto! ¡Pronto! Que baje, mar, á tus obscuras cuevas y que no salga nunca de tu seno.

*
**

La luna, como una góndola de oro, seguía surcando el firmamento. Aligerado ya de mis remordimientos y dolores, me recosté en el fondo de la barca. Entonces creí ver, rumbo al Oriente, una luz como de alma celestial. Por ahí aparecía una

larga procesión de efebos tiernos, con palmas murmurantes en las manos y túnicas de lino immaculado. Iban andando poco á poco sobre el agua como sobre una lámina de acero. Bajaban del cielo por un pórtico de luz, y como el cielo se junta con el mar, no había necesidad de puente alguno para que descendieran al océano. Un hombre de barba nazarena presidía la nevada procesión. É iba tranquilamente sobre el agua, como Jesús en el lago de Tiberiades. Y todos los efebos eran rubios y traían

destrenzado su cabello, largo y sedoso, como el de las mujeres circasianas.

A su aspecto, los monstruos del mar y los endriagos del ensueño se disipan. Ya nada mueve el seno de las ondas, ni agita mi conciencia; todo calla. Mi compañera se ha dormido en mis rodillas. Boga, remero, boga todavía.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).

(Continuará).



INTERIOR

(Inédito, para la "Revista Moderna.")

I

El sol baña el tapiz que sobre el muro
extiende su tupida felpa roja,
en la que brilla el hierro de una hoja
y el pomo de una vieja espada.

El duro
gesto del mascarón, feroz y obscuro,
en el solar reflejo se sonroja,
y junto á él, en carmesí se moja
un torso escultural de mármol puro.

En la caja del piano reverbera
un ánfora con flores; braciabierto
un sillón amorosamente espera.

Por el amplio balcón se asoma el huerto...
Y es un atardecer de primavera
íntimo, melancólico y desierto.

II

Una visión de amor pasa y enciende
mi espíritu. (Estoy solo en la penumbra
del triste cuarto que en silencio alumbra
la luz crepuscular). El sol descende.

Una débil fragancia se desprende
del sombrío rincón en que relumbra
—áureo cristal— el búcaro.... Se encumbra
mi alma aliabierta, cual travieso duende.

Rompe el obscuro techo de la casa,
vuela á buscar mi juventud perdida
y en un deseo de placer se abraza.

Surge, ante mí, tu desnudez vencida
y una visión de amor se enciende y pasa
por la serena sombra de mi vida.

LUIS G. URBINA.

México, Mayo de 1907.



LUCIFER

A Luis Ganderax.

E si compiacque tanto Spinello di farlo orribile e contrafatto, che si dice (tanto può alcuna fiata l'immaginazione) che la detta figura da lui di pinta gli apparve in sogno, domandandolo dove egli l'avesse veduta si brutta.....

(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vassari. — Vita di Spinello).

El Tafi, pintor y mosaísta florentino, tenía gran miedo á los diablos, singularmente á esas horas de la noche en que es permitido á las potestades del mal imperar en las tinieblas. Y los temores del Tafi no eran infundados, pues los demonios tenían entonces motivos para odiar á los pintores, que les arrancaban más almas con un solo cuadro, que cualquier buen frailecito en treinta sermones. En efecto; para inspirar á los fieles un temor saludable, el fraile les describía lo mejor posible el día de la cólera, que ha de reducir á polvo los siglos, según los testimonios de David y de la Sibila. Y para imitar la trompeta del ángel, ahuecaba la voz y soplabá en sus manos, formando bocina para imitar la trompeta del ángel. Pero todo esto se lo llevaba el viento. Mientras

que una pintura colgada en el muro de cualquier capilla ó claustro, representando á Jesucristo sentado para juzgar á los vivos y á los muertos, hablaba sin cesar á la vista de los pecadores y corregía por los ojos á los que habían pecado por los ojos ó de otra manera. Era el tiempo en que algunos hábiles maestros representaban en la Santa-Croce de Florencia y en el Camposanto de Pisa, los misterios de la justicia divina. Estas obras estaban trazadas, según el relato en rima que Dante Alighieri, hombre sapientísimo en Teología y Derecho canónico, hizo de su viaje al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, donde por los méritos extraordinarios de su dama pudo penetrar en vida. Todo, pues, en estas pinturas, era instructivo y verdadero, y puede afirmarse que se obtiene menos provecho leyendo una extensa crónica, que contemplando tales cuadros. Y los maestros florentinos se complacían en pintar á la sombra de los bosques de naranjos, sobre la hierba esmaltada de flores, *damas y caballeros á quienes la muerte acechaba* con su guadaña, mientras que ellos platicaban de amor al són de laudes y

violas. Nada era tan adecuado para convertir á estos pecadores carnales, que bebían el olvido de Dios en los labios de las mujeres. Para escarmiento de avaros, el pintor representaba al natural á los demonios, derramando oro derretido en la boca del obispo ó de la abadesa que le había encargado algún trabajo y pagádoselo mal. Por esto los demonios eran entonces enemigos de los pintores, y especialmente de los pintores florentinos, que superaban á los demás por la sutileza del espíritu. Recriminábanles, sobre todo, que los representasen en forma horrosa, con cabezas de pájaro ó pez, cuerpos de serpiente y alas de murciélago. Su rencor quedará manifiesto en la historia de Spinello.

Spinello Spinelli, de Arezzo, procedía de una noble familia de florentinos desterrados. La gentileza de su ingenio igualaba á la de su nacimiento, pues fué el más hábil pintor de su tiempo. En Florencia ejecutó grandes trabajos. Los pisanos, á la muerte de Giotto, le suplicaron que ornamentase los muros de aquel santo claustro en que los muertos reposaban bajo rosas florecidas en tierra transportada de Jerusalén. Pues bien; habiendo trabajado mucho tiempo por las ciudades y ganado bastante dinero, quiso tornar á ver la buena ciudad de Arezzo, su madre. Los aretinos no habían olvidado que Spinello, inscrito durante su juventud en la cofradía de Santa María de la Misericordia, había visitado á los enfermos y enterrado á los muertos mientras duró la peste de 1383. También le estaban agradecidos de haber difundido con sus obras la gloria de Arezzo en toda Toscana. Por esta razón le recibieron con grandes honores. Pletórico de fuerzas en su edad madura, se encargó de ejecutar grandes trabajos para la ciudad. Su mujer le decía:

—Eres rico. Descansa, y deja que los jóvenes trabajen en tu lugar. El reposar es prudente cuando declinan los años. Conviene rematar la vida en una calma dulce y piadosa. Es tentar á Dios erigir sin tregua obras profanas como nuevas Babeles. Spinello, si te obstinas en tus ingredientes y colores, perderás la paz del espíritu.

Así habló esta buena mujer. Pero no la escuchó. Él sólo pensaba en acrecentar sus bienes y su renombre. Lejos de tomar reposo, ajustó con los mayordomos de Sant' Agnolo una historia de San Miguel, que debía cubrir el coro de la iglesia y contener un sinnúmero de personajes. Con maravilloso ardor se lanzó en esta empresa. Releyendo los pasajes de la Escritura en que debía de inspirarse, estudiaba profundamente cada línea y cada palabra. No satisfecho con dibujar todo el día en su estudio, trabajaba también en el lecho y en la mesa. Y por la tarde, mientras paseaba al pie de la colina donde está erigida Arezzo, orgullosa de sus murallas y de sus torres, seguía meditando. Y puede afirmarse que la historia entera del Arcángel estaba pintada en su cerebro cuando empezó á esbozar los motivos principales, al lápiz rojo, sobre el revoco de la pared. Poco tiempo necesitó para trazar los contornos; luego se puso á pintar sobre el altar mayor la escena que había de ofrecer más esplendor que las otras. Pues era necesario glorificar en ella al jefe de las milicias celestiales por las victorias que obtuvo antes del comienzo de los tiempos. Spinello representó, pues, á San Miguel combatiendo en los aires á la serpiente de siete cabezas y diez cuernos, y tuvo el capricho de pintar en la parte inferior del cuadro al príncipe de los demonios, Lucifer, con la apariencia de un monstruo espantoso. Las figuras brotaban espontáneamente bajo su mano. Y llegó más allá de lo que esperaba: el rostro de Lucifer era tan horrible, que nadie podía sustraerse á la fuerza de su fealdad. Este rostro persiguió al pintor por la calle y le acompañó hasta su casa.

Llegada la noche, Spinello se acostó en su lecho, al lado de su esposa, y durmió. Durante el sueño vió á un ángel tan hermoso como San Miguel, pero negro. Este ángel le dijo:

—Spinello, soy Lucifer. ¿Dónde me has visto para pintarme como lo has hecho, con aspecto tan ignominioso?

El viejo pintor, le respondió temblando, que nunca le había visto con sus propios

ojos, no habiendo ido vivo al infierno como Dante Alighieri; pero que al representarle cual lo hizo, quería significar con rasgos sensibles la fealdad del pecado.

Lucifer se encogió de hombros, y hubiérase dicho que la colina entera de San Geminiano se conmovió súbitamente.

—Spinello —dijo,— ¿quieres hacerme el obsequio de discutir un poco conmigo? Yo soy bastante buen lógico, y Aquel á quien rezas lo sabe perfectamente.

No obteniendo contestación, Lucifer prosiguió en estos términos:

—Spinello, has leído los libros que me dan á conocer. Sabes mi aventura y cómo salí del cielo para convertirme en el príncipe del mundo. Ilustre empresa, que sería única si los gigantes no hubiesen atacado de igual suerte á Júpiter, como has tenido ocasión de ver, Spinello, en una tumba antigua, donde esa guerra está esculpida en mármol.

—Es cierto —dijo Spinello;— he visto esa tumba en forma de cubo en Santa Reparata de Florencia. Es un hermoso trabajo de los romanos.

—Y, sin embargo —replicó Lucifer sonriendo,— los gigantes no están representados en esa obra al modo de ranas ni camaleones.

—Tampoco —dijo el pintor— habían atacado al verdadero Dios, sino á un ídolo de los paganos. Esto es muy de tenerse en cuenta. El hecho cierto, Lucifer, es que habéis tremolado el estandarte de la rebeldía contra el Rey verdadero de cielo y tierra.

—No lo niego —respondió Lucifer.— ¿De cuántas clases de pecados me cargas por ese delito?

—Se os puede cargar muy bien con siete —respondió el pintor,— y todos capitales.

—¿Siete!— dijo el Ángel de las Tinieblas.— El número es teológico. Todo va por siete en mi historia, que está estrechamente relacionada con la del Otro. Spinello, tú me tienes por orgulloso, colérico y envidioso. Yo consiento en serlo, á condición de que reconozcas que sólo la gloria

me causa envidia. ¿Me tienes por avaro? También lo tolero. La avaricia es una virtud en los príncipes. Cuanto á la gula y á la lujuria, si de ellas me tachas, no por eso me ofenderé. Queda la pereza.

Al pronunciar esta palabra, Lucifer cruzó los brazos sobre su coraza, y sacudiendo la cabeza sombría, agitó su cabellera inflamada.

—Spinello, ¿crees sinceramente que soy perezoso? ¿Me crees muelle, Spinello? ¿Juzgas que en mi rebelión me faltó valor? No. Era, pues, justo que me pintases con los rasgos de un audaz, con enérgico semblante. No se debe hacer agravio á nadie, ni siquiera al diablo. ¿No ves que ofendes al que rezas cuando le das por adversario á un sapo monstruoso? Spinello, eres demasiado ignorante para tus años. Tentaciones siento de darte un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer, y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo —le respondió la buena persona— que todas esas figuras que te obstinabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco —dijo el pintor.— Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir —replicó la mujer.— Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.

ANATOLE FRANCE.